

2º Domingo del Tiempo Ordinario

Con este Domingo comenzamos el llamado **Tiempo Ordinario**, que es una serie de treinta y cuatro semanas, partidas en dos partes por la Cuaresma y el Tiempo Pascual.

Este es el primero de los cuatro domingos ordinarios antes de que comience la Cuaresma.

Son semanas en las que aparece el domingo con su dimensión privilegiada de ser el Día del Señor y en el que se nos invita a la escucha de la Palabra, a la participación de la Eucaristía para que nuestras vidas se enraícen cada día más en el Misterio Pascual y así podamos morir cada día un poco más a nuestro hombre viejo y hacer posible que Cristo habite en nosotros con toda la profundidad y fuerza salvadora que desea.



Aunque no es un tiempo litúrgico de los llamados 'fuertes', sin embargo ofrece la riqueza de la lectura continuada del evangelio. Este año, ciclo A, escucharemos el de san Mateo. Se nos invita a profundizar, a través de la Palabra de Dios en nuestra vida cotidiana.

La liturgia de este Domingo nos invita a situar la vocación en el contexto del plan que Dios tiene para los hombres y para el mundo. Dios tiene un proyecto de vida plena que ofrecer a los hombres y elige a personas concretas para que sean testigos de ese proyecto en la historia.

La primera lectura nos presenta a un personaje misterioso, el Siervo de Yahvé, a quien Dios eligió desde el seno materno para que fuese un signo en el mundo y mostrase a toda la tierra la Buena Nueva del proyecto liberador de Dios.

La segunda lectura nos muestra una "llamada" (Pablo) que recuerda a los cristianos de la ciudad griega de Corinto que todos ellos están "llamados a la santidad", esto es, son llamados por Dios a vivir realmente comprometidos con los valores del Reino.

El evangelio de hoy nos sitúa en el marco de las primeras manifestaciones de Jesús como Salvador o, visto desde una óptica complementaria, de los primeros reconocimientos explícitos de Jesús como el Mesías esperado y como el cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Él es el Dios que vino a nuestro encuentro, con una misión del Padre; y esa misión consiste en liberar a los hombres del "pecado" que les oprime y les impide alcanzar la vida plena.

PRIMERA LECTURA

Te hago luz de las naciones
para que seas mi salvación

Lectura del libro de Isaías

49, 3.5-6

«Tú eres mi siervo (Israel)
de quien estoy orgulloso.»

Y ahora habla el Señor,
que desde el vientre me formó
siervo suyo,
para que le trajese a Jacob,
para que le reuniese a Israel,
—tanto me honró el Señor
y mi Dios fue mi fuerza—:

Es poco que seas mi siervo
y restablezcas las tribus de Jacob
y conviertas a los supervivientes de Israel;
te hago luz de las naciones,
para que mi salvación alcance
hasta el confín de la tierra.

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

El Deutero-Isaías (autor del texto que se nos propone), es un profeta de la época del exilio, que desarrolló su ministerio en Babilonia, entre los exiliados. Su mensaje, de consuelo y esperanza, aparece en los capítulos 40-55 del Libro de Isaías.

En estos capítulos encontramos cuatro textos (cf. Is 42,1-9; 49,1-13; 50,4-11; 52,13-53,12) que se distinguen, tanto en lo literario como en lo temático, del resto del mensaje. Son los cuatro cantos del Siervo de Yahvé. Presentan a un misterioso siervo de Dios, a quien Yahvé confió una misión. La misión del Siervo se cumple en el sufrimiento y en la persecución; aunque el sufrimiento del Siervo traerá la redención al Pueblo. Al final, el Siervo será recompensado por Yahvé y será exaltado.

La primera lectura de hoy nos propone parte del segundo cántico del Siervo de Yahvé. Aquí, ese Siervo es explícitamente identificado con Israel (aunque algunos autores suponen que la denominación "Israel" no es original en el texto y que fue colocada aquí como una interpretación): sería la figura del Pueblo de Dios, llamado a ser testigo de Yahvé entre los demás pueblos.

1.2. Mensaje

Nuestro texto se presenta como una declaración solemne del Siervo (Israel) "a las islas" y a "las ciudades lejanas" (v. 1).

En su declaración, el Siervo manifiesta, en primer lugar, la conciencia de su elección: fue escogido por Dios desde el seno materno (v. 5a,b). La expresión pone de relieve el origen de toda vocación profética: es Dios quien elige, quien llama, quien envía. Refiriéndose a Israel, la expresión alude a los orígenes del Pueblo, elección y alianza: Israel existe porque Dios lo escogió de entre todos los pueblos, le mostró su rostro, lo constituyó como Pueblo, lo liberó de la esclavitud, lo condujo a través del desierto y estableció con él una relación especial de comunión y de alianza.

La elección y la alianza presuponen, así, la misión y el testimonio. La misión de este Siervo a quien Dios ha llamado es, en primer lugar, el "traer a Jacob y a Israel" a Yahvé (v. 5c,d).

Aquí se hace referencia, probablemente, al regreso del Pueblo a la órbita de la alianza (considerada rota por el pecado del Pueblo), la reunión de todos los exiliados se refiere al regreso a la Tierra Prometida.

La misión del Siervo es, después, ampliada "a las naciones" (v. 6): Israel debe dar testimonio de la salvación, de forma que la propuesta salvadora y liberadora llegue, por medio del Siervo/Pueblo, a los hombres de toda la tierra. No deja de impresionar la grandiosidad de la misión confiada, en contraste con la situación de opresión, de apagamiento, de fragilidad en la que viven los exiliados. Aquí se muestra la forma de actuar de Dios, que actúa en el mundo, salva y libera recurriendo a instrumentos frágiles e indignos.

1.3. Actualización

Para la reflexión y el compartir, pueden considerarse los siguientes elementos:

- ✚ La lectura propone a nuestra reflexión ese tema siempre personal, y a la vez enigmático, que es la vocación. Se nos invita a tomar conciencia de la vocación a la que se nos llama y de sus implicaciones. No se trata de una cuestión que únicamente atañe y compromete a algunas personas especiales, sino que se trata de un desafío que Dios hace a cada uno de sus hijos, que a todos implica y que a todos compromete.
- ✚ La figura del Siervo de Yahvé nos invita, en primer lugar, a tomar conciencia de que en el origen de la vocación está Dios: es él quien elige, quien llama y quien propone a cada uno una misión. Nuestra vocación es siempre algo que tiene su origen en Dios y que sólo se entiende a la luz de Dios.
 - ¿Tenemos conciencia de que hemos sido elegidos por Dios desde el seno materno, esto es, desde el primer instante de nuestra existencia?
 - ¿Tenemos conciencia de que es Dios quien alimenta nuestra vocación y nuestro compromiso con el mundo?
 - ¿Tenemos conciencia de que sólo a partir de Dios nuestra vocación tiene sentido y nuestro compromiso se entiende?
 - ¿Tenemos conciencia de que la vocación implica una relación de comunión, de intimidad, de proximidad con Dios?
- ✚ La vocación no se agota, sin embargo, en el acercamiento del hombre a Dios, sino que siempre se refiere al testimonio, a la intervención en el mundo (aunque se trate de una vocación contemplativa). El hombre llamado por Dios es siempre un hombre que da testimonio y es signo vivo de Dios, de sus valores y de sus propuestas delante de los hombres.
 - ¿Siento que mi vocación se realiza testimoniando la salvación y la liberación de Dios a mis hermanos?
 - ¿La vocación a la que Dios me llama me lleva a ser una luz de esperanza en el mundo? ¿La salvación de Dios que atañe al mundo, se hace una realidad concreta en mi testimonio y en mi ministerio?
- ✚ Al reflexionar sobre la lógica de la vocación, es necesario que entendamos que toda vocación tiene su origen en Dios y que es alimentada por Dios; también debemos entender que Dios se sirve, muchas veces, de nuestra fragilidad, caducidad e indignidad para actuar en el mundo. Aquello que hacemos de bueno y de hermoso no es fruto, por lo tanto, de nuestras fuerzas o de nuestras cualidades, sino de Dios. El corazón del profeta no tiene, por tanto, ninguna razón para llenarse de orgullo, de vanidad y de autosuficiencia: conviene ser consciente de que detrás de todo está Dios y que sólo Dios es capaz de transformar el mundo, a partir de nuestros pobres gestos y de nuestras frágiles fuerzas.

Salmo responsorial

Salmo 39, 2-4.7-10

V/. Aquí estoy, Señor,
para hacer tu voluntad.

R/. Aquí estoy, Señor,
para hacer tu voluntad.

V/. Yo esperaba con ansia al Señor:
él se inclinó y escucho mi grito;
me puso en la boca un cántico nuevo,
un himno a nuestro Dios.

R/. Aquí estoy, Señor,
para hacer tu voluntad.

V/. Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
y en cambio me abriste el oído;
no pides sacrificio expiatorio,
entonces yo digo: «Aquí estoy.»

R/. Aquí estoy, Señor,
para hacer tu voluntad.

V/. Como está escrito en mi libro:
«para hacer tu voluntad.»
Dios mío, lo quiero,
y llevo tu ley en las entrañas.

R/. Aquí estoy, Señor,
para hacer tu voluntad.

V/. He proclamado tu salvación
ante la gran asamblea;
no he cerrado los labios:
Señor, tú lo sabes.

SEGUNDA LECTURA

**Gracias y paz os dé Dios nuestro Padre
y Jesucristo nuestro Señor**

Comienzo de la primera carta del Apóstol San Pablo a los Corintios

1, 1 - 3

Yo, Pablo,
llamado a ser apóstol de Jesucristo,
por voluntad de Dios,
y Sóstenes,
nuestro hermano,
escribimos a la Iglesia de Dios en Corinto,
a los consagrados por Jesucristo,
al pueblo santo que el llamó
y a todos los demás que en cualquier lugar
invocan el nombre de Jesucristo Señor nuestro y de ellos.

La gracia y la paz
de parte de Dios, nuestro Padre,
y del Señor Jesucristo
sean con vosotros.

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

Hoy comenzamos a leer la primera carta de Pablo a los Corintios, de la que escucharemos los dos primeros capítulos en los siguientes domingos antes de Cuaresma.

Para que entendamos cabalmente el mensaje, conviene que nos detengamos un poco sobre el ambiente en el que el texto nos sitúa.

En el transcurso de su segundo viaje misionero, Pablo llegó a Corinto, después de atravesar buena parte de Grecia, y se quedó allí cerca de 18 meses (años 50-52). De acuerdo con Hechos 18,2-4, Pablo comenzó a trabajar en casa de Priscila y Aquila, un matrimonio de judeo-cristianos. El sábado, tomaba la palabra en la sinagoga. Con la llegada a Corinto de Silvano y Timoteo (cf. 2 Cor 1,19; Hch 18,5), Pablo se consagró enteramente al anuncio del Evangelio. Pero no tardó en entrar en conflicto con los judíos y fue expulsado de la sinagoga.

Corinto era una ciudad nueva y próspera que se encontraba en la península del Peloponeso. Atendida por dos puertos de mar, poseía las características típicas de las ciudades marítimas: población de todas las razas y religiones. Era ciudad de parada para tantos marineros que cruzaban el Mediterráneo, tras meses de navegación. En la época de Pablo, la ciudad contaba con cerca de 500.000 habitantes, de los cuales dos tercios eran esclavos. La riqueza escandalosa de algunos contrastaba con la miseria de la mayoría. La mezcla de razas y religiones, el tráfico marítimo y la gran riqueza habían creado un ambiente de inmoralidad famoso en todo el Imperio. Se dedicaba de lleno a dos cosas: la búsqueda del placer (en especial de la pasión) y la sabiduría. Era una ciudad griega y a sus habitantes les encantaba filosofar, lo que Pablo llama "la sabiduría de las palabras".

Como resultado de la predicación de Pablo, nació la comunidad cristiana de Corinto. La mayor parte de los miembros de la comunidad eran de origen griego y, en general, de condición humilde (cf. 1 Cor 11,26-29; 8,7; 10,14.20; 12,2); pero también había elementos de origen hebreo (cf. Hch 18,8; 1 Cor 1,22-24; 10,32; 12,13).

En general, la comunidad era viva y fervorosa; sin embargo, estaba expuesta a los peligros de un ambiente corrupto: moral disoluta (cf. 1 Cor 6,12-20; 5,1-2), querellas, disputas, luchas (cf. 1 Cor 1,11-12), seducción de la sabiduría filosófica de origen pagano que se introducía en la Iglesia revestida de un superficial barniz cristiano (cf. 1 Cor 1,19-2,10).

Se trataba de una comunidad con buenas posibilidades, pero que estaba enraizada en un terreno adverso. En la comunidad de Corinto, vemos las dificultades que padece la fe cristiana al insertarse en un ambiente hostil, marcado por una cultura pagana y por un conjunto de valores que están en profunda contradicción con el mensaje evangélico.

2.2. Mensaje

Pablo comienza esta carta con el saludo y la acción de gracias, típicos de las cartas paulinas. En el saludo, cargado de contenido teológico, Pablo reivindica su condición de elegido de Dios (de apóstol), sugiriendo que está revestido de autoridad para proclamar con plenas garantías el Evangelio: *Pablo, llamado a ser apóstol de Jesucristo, por voluntad de Dios.* Esta reivindicación sugiere que, en el contexto corintio, había quien ponía en duda su autoridad apostólica y su testimonio. Los destinatarios de la carta son, evidentemente, los miembros de la comunidad cristiana de Corinto; sin embargo, el mensaje sirve para los cristianos de todas las épocas y de todas las latitudes.

En este párrafo inicial, el vocablo *llamado* asume un lugar especial: Pablo fue *llamado* por Dios para ser apóstol y los corintios son una comunidad de *llamados* a la santidad. Se vislumbra aquí, como en la primera lectura, la convicción de que Dios tiene un proyecto para los hombres y para el mundo y que todos, lo mismo Pablo que los cristianos de Corinto, han sido *llamados* a tener un compromiso efectivo con ese proyecto.

¿Qué es lo que significa estar llamado a la *santidad*? En el contexto paulino, los *santos*, son todos aquellos que han acogido la propuesta liberadora de Jesús y han aceptado los valores del Evangelio.

Los "santos" son los "separados": los corintios son "santos" porque, al aceptar la propuesta de Jesús, escogieron vivir "separados" del mundo. "Separados" no significa "alejados", sino que significa vivir de acuerdo con unos valores y esquemas diferentes a los valores y esquemas asumidos por el mundo.

La palabra "klêtos" ("llamado"), aquí empleada, supone a Dios como sujeto: fue Dios quien llamó a Pablo; es Dios quien llama a los corintios. Definitivamente queda claro que la llamada proviene de la iniciativa divina y que solo se comprende a partir de Dios y de la luz de la acción de Dios.

Escribimos a la Iglesia de Dios en Corinto, a los consagrados por Jesucristo, al pueblo santo que él llamó y a todos los demás que en cualquier lugar invocan el nombre de Jesucristo.

Siempre ha llamado la atención el fuerte contraste entre estas palabras de saludo y la realidad que la propia carta nos revela sobre el estado de la comunidad. Los creyentes en Jesús son consagrados y santos por la recepción del bautismo que les incorpora a Jesús. Y esta consagración persiste incluso en medio de graves debilidades morales. Una santidad radical que es un don. En esta carta se observa de modo plástico y dramático lo que significa el contraste entre el proyecto de Dios y la realidad humana.

2.3. Actualización

✚ La llamada apostólica es un puro don de Dios anterior a todo merecimiento por parte del receptor. Esta es la señal de su autenticidad. Con frecuencia aparece en la Escritura la reacción de los llamados: preocupación y dificultades para aceptarla, sabedores como eran de que la realización de la misma no era fácil: Jeremías recurre a su juventud e incapacidad; Isaías no se siente digno de la llamada; Pablo se reconoce y confiesa un perseguidor. Pero el proyecto de Dios desborda todas las limitaciones, previsiones y resistencias humanas.

Esta realidad debe alentar a quienes hoy como ayer son invitados a aceptar la misión y participar en esta urgente tarea. Dios es más fuerte y más grande que nuestras debilidades y limitaciones. Esta confianza plena de los llamados, como lo hizo Pablo, garantiza el llevar adelante la causa de Jesús en la evangelización de un mundo muy necesitado del auténtico Evangelio. Hoy como ayer la misión sigue pareciendo tarea inalcanzable, compleja y sumamente dificultosa para todos los discípulos de Jesús. La palabra de la Escritura sigue siendo una luz que ilumina, una seguridad que reconforta y un sello de autenticidad.

✚ Que Pablo diga tantas veces al inicio de sus cartas que desea la "Paz" y la "Gracia" no es porque utilice una pura forma retórica. Las comunidades cristianas primeras necesitaban paz, como también la necesitan las comunidades cristianas de hoy. Hay demasiados protagonismos, demasiados egocentrismos, demasiada búsqueda de lo propio en contra de los intereses comunes.

De las formas más sutiles vamos todos, o casi todos, "a lo nuestro", buscamos que los demás nos rindan culto. Pablo lo tenía muy difícil con la comunidad de Corinto. Allí unos eran de uno, otros de otro y había grupos rivales. Allí los carismas, que eran muchos se utilizaban para descoyuntar el cuerpo y enfrentar a unos con otros. Allí la Eucaristía no era fuente de comunión, sino que la compatibilizaban con el egoísmo individual.

El mismo Pablo se ve obligado a decir que él no quiere formar un grupo propio, ni que nadie se afilie a sus ideas. Lo que le interesa es solo y únicamente el proyecto de Dios. Por eso, desea ¡paz!, ¡gracia!

Lo que muchas veces falta en las comunidades cristianas es paz. Hay demasiada guerra, demasiado conflicto. Y por eso, hay tan poca gracia y nos hacen tan poca gracia los carismas de los demás

✚ Desde muy pronto observamos el peso de lo humano y de la debilidad en la propia comunidad cristiana. No es ningún invento lo que en esta carta se dice. Pablo debe salir al paso de vicios muy serios y fuertes: partidismos con las consiguientes tensiones entre los miembros de la comunidad, relaciones incestuosas, desprecio de los más pobres, arrogancia por los dones del Espíritu recibidos. La significación de esta carta radica en que esta situación histórica real ha forzado al apóstol a ofrecer una serie de criterios a los que recurrir cuando se producen esos

fenómenos. Por eso la lectura de esta carta sigue siendo tan viva hoy como lo fue ayer.

Es necesario superar las flaquezas, con frecuencia graves, en que incurren los discípulos de Jesús. Su gravedad puede conducir al escándalo. Y, sin embargo, es necesario seguir adelante, atajando el mal e intentando ofrecer al mundo una imagen creíble de la Iglesia de Jesús.

Tarea compleja, difícil y no siempre con éxito. He ahí frente a frente la consagración radical en Jesús y la realidad de la Iglesia en su itinerario histórico. Y, no obstante, debemos seguir proclamando que creemos en una Iglesia santa, católica y apostólica que es invitada a vivir en la comunión como signo de salvación para el mundo.

✚ Dios llama a los hombres a la santidad.

¿Soy consciente de la llamada que Dios, en esta línea, me hace también a mí?
¿Estoy disponible para aceptar ese reto?

Realizar la vocación a la santidad no implica el seguir caminos imposibles de ascesis, de privación, de sacrificio, sino que significa, sobre todo, acoger la propuesta liberadora que Dios ofrece en Jesús y vivir de acuerdo con los valores del Reino.

¿Es así como entiendo mi vocación a la santidad? ¿Tengo el coraje de vivir y de testimoniar, con radicalidad, los valores del Evangelio, también cuando la moda, el orgullo, la pereza, los intereses económicos, lo "políticamente correcto", la opinión dominante, me imponen otras perspectivas?

✚ Conviene tener siempre presente que la Iglesia, la comunidad de los "llamados a la santidad", está constituida por "todos los que invocan, en cualquier lugar, el nombre de nuestro Señor Jesucristo". Es importante que tomemos conciencia de que, más allá del color de la piel, de las diferencias sociales, de las ideas políticas, de las distancias culturales, de las perspectivas diferentes sobre las cuestiones secundarias de la vivencia de la religión, lo esencial es aquello que nos une y nos hace hermanos: Jesucristo y el reconocimiento de que él es el Señor que nos conduce por la historia y nos ofrece la salvación.

Aleluya

Jn 1, 14.12b

Aleluya, aleluya
La Palabra se hizo carne
y acampó entre nosotros.
A cuantos la recibieron,
les da poder para ser hijos de Dios.
Aleluya

EVANGELIO

Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo

† Lectura del santo Evangelio según San Juan

1, 29 - 34

En aquel tiempo, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó:

– Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.

Este es aquél de quien yo dije:

«Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí,
porque existía antes que yo.»

Yo no lo conocía, pero ha salido a bautizar con agua,
para que sea manifestado a Israel.

Y Juan dio testimonio diciendo:

– He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como
una paloma y se posó sobre él.

Yo no lo conocía,

pero el que me envió a bautizar con agua me dijo:

Aquél sobre quien veas bajar el Espíritu

y posarse sobre él,

ese es el que ha de bautizar con Espíritu Santo.

Y yo lo he visto,

y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios.

Palabra del Señor.

3.1. Ambientación

Continuamos en el contexto de la manifestación de Dios en Jesús a todos los pueblos, iniciado en la Epifanía y continuado en el Bautismo de Jesús. Aún resuena la voz del cielo: *Éste es mi Hijo* (Mt 3,17). Hoy la voz dice: *Tú eres mi siervo* (49,3; cf. Is 42,1).

La perícopa que se nos propone, forma parte de la sección introductoria del *Cuarto Evangelio* (cf. Jn 1,19-3,36). Ahí el autor, con consumada maestría, intenta responder a la cuestión: ¿"quién es Jesús"?

Juan dispone las piezas en un marco escénico. Los diversos personajes que van entrando en la escena, intentan presentar a Jesús. Uno a uno, los actores presentados en el escenario por Juan, van realizando afirmaciones cargadas de significado teológico sobre Jesús. La escena final, que resulta de estas diversas intervenciones, presenta a Jesús como el Mesías, Hijo de Dios, que posee el Espíritu y que viene al encuentro de los hombres para hacer surgir el Hombre Nuevo, nacido del agua y del Espíritu.

Juan Bautista, el profeta/precursor del Mesías, desempeña aquí un papel protagonista en la presentación de Jesús (su testimonio aparece en el inicio y en el final de la sección, cf. Jn 1,19-37; 3,22-36). Él va a definir al que llega y lo presentará a los hombres. Al no mostrarse el auditorio, se sugiere que el testimonio de Juan es perenne, dirigido a los hombres de todos los tiempos y con un eco permanente en la comunidad cristiana.

3.2. Mensaje

Juan es, por tanto, el presentador oficial de Jesús. ¿De qué forma y en qué términos lo va a presentar?

La catequesis sobre Jesús que aquí se ofrece, se expresa a través de dos afirmaciones con un profundo impacto teológico: *Jesús es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo; y es el Hijo de Dios que posee la plenitud del Espíritu.*

La primera afirmación ("el cordero de Dios que quita el pecado del mundo", Jn 1,29), evoca, probablemente, dos imágenes tradicionales muy expresivas. Por un lado, evoca la imagen del "siervo sufriente", el *cordero llevado al matadero*, que asume los pecados de su Pueblo y realiza la expiación (cf. Is 52,13-53,12); por otro lado, evoca la imagen del *cordero pascual*, símbolo de la acción liberadora de Dios en favor de Israel (cf. Ex,1-28). Cualquiera de estas dos imágenes sugiere que la persona de Jesús está ligada a la liberación de los hombres.

La idea es, además, explicada por la definición de la misión de Jesús: él vino para quitar ("eliminar") "el pecado del mundo". La palabra "pecado" aparece, aquí, en

singular: no designa los "pecados" de los hombres, sino un "pecado" único que oprime a la humanidad entera; ese "pecado" parece tener que ver, en el contexto de la catequesis joánica, con el rechazo de la propuesta de vida que Dios, desde siempre, quiso ofrecer a la humanidad (es de ese rechazo del que viene el pecado histórico, que desfigura el mundo y que oprime a los hombres).

El "mundo" designa, en este contexto, a la humanidad que rechaza la salvación, reducida a la esclavitud y que rechaza la luz/vida que Jesús le quiere ofrecer. Dios se propone sacar a la humanidad de la situación de esclavitud en la que ésta se encuentra; envió al mundo a Jesús, con la misión de realizar el nuevo éxodo, que lleve a los hombres de la *tierra de la esclavitud* a la *tierra de la libertad*.

La segunda afirmación (el "Hijo de Dios" que posee la plenitud del Espíritu Santo y que bautiza en el Espíritu, cf. Jn 1,32-34), completa la anterior. Hay aquí varios elementos muy sugerentes: el "cordero" es el *Hijo de Dios*; él recibió la *plenitud del Espíritu*; y tiene por misión *bautizar a los hombres en el Espíritu*.

Decir que Jesús es el Hijo de Dios, es decir que él es el Dios que se hace hombre, que viene al encuentro de los hombres, que planta su tienda en medio de los hombres, para ofrecerles la plenitud de la vida divina. Su misión consiste en eliminar "el pecado" que convierte al hombre en esclavo y que le impide abrir el corazón a Dios.

Diciendo que el *Espíritu desciende sobre Jesús y permanece en él*, se afirma que Jesús posee definitivamente la plenitud de la vida de Dios, toda su riqueza, todo su amor. Por otro lado, la venida del Espíritu sobre Jesús, es su *investidura mesiánica*, su unción ("mesías" = "ungido"). La escena nos lleva a los textos del Deutero-Isaías, donde el "Siervo" aparece como el elegido de Yahvé, sobre quien Dios derramó su Espíritu (cf. Is 42,1), a quien ungió y a quien envió para "anunciar la Buena Noticia a los pobres, para curar los corazones destrozados, para proclamar la libertad a los cautivos, para anunciar a los prisioneros la libertad" (Is 61,1-2).

Jesús es, finalmente, *aquel que bautiza en el Espíritu Santo*. El verbo "bautizar" utilizado aquí tiene, en griego, dos traducciones: "sumergir" y "empapar" (como la lluvia empapa la tierra); se refiere, en cualquier caso a un contacto total entre el agua y el sujeto. "Bautizar en el Espíritu" significa, por tanto, un contacto total entre el Espíritu y el hombre, una lluvia de Espíritu que cae sobre el hombre y le empapa el corazón. La misión de Jesús consiste, por tanto, en derramar el Espíritu sobre el hombre; y el hombre que se adhiere a Jesús, "empapado" de Espíritu y transformado por esa fuente de vida que es el Espíritu, abandona la vida de oscuridad ("el pecado") y alcanza su pleno desarrollo, la plenitud de la vida.

La declaración de Juan, invita a los hombres de todas las épocas a volverse hacia Jesús y a acoger la propuesta liberadora que, en nombre de Dios, él realiza: sólo a partir del encuentro con Jesús será posible alcanzar la vida plena, la meta final del Hombre Nuevo.

3.3. Actualización

La reflexión personal y comunitaria puede tocar los siguientes aspectos:

- ✚ En primer lugar, importa que tomemos conciencia de que Dios tiene un proyecto de salvación para el mundo y para los hombres. La historia humana no es, por tanto, una historia de fracaso, de un caminar sin sentido hacia un callejón sin salida; la historia humana es una historia en la que es preciso que Dios lleve al hombre de la mano y le señale, en cada recodo del camino, la realidad feliz del nuevo cielo y de la nueva tierra. Es verdad que, en ciertos momentos de la historia, parecen levantarse muros insuperables que nos impiden contemplar con esperanza el horizonte final del camino humano, pero la conciencia de la presencia salvadora y amorosa de Dios en la historia, debe animarnos, darnos confianza y encender en nosotros y en nuestro corazón la certeza de una vida plena y de la victoria final de Dios.

- ✚ Jesús no fue únicamente un "hombre bueno" que coloreó la historia con el sueño ingenuo de un mundo mejor y, luego, desapareció de nuestra vista (como tantos líderes e revoluciones políticas que la historia absorbió y digirió). Jesús es el Dios que se hizo hombre, que asumió nuestra humanidad, que nos trajo una propuesta objetiva y válida de salvación y que hoy continúa estando presente y activo en nuestro caminar. Jesús es el Dios que vino a realizar el plan liberador del Padre y a ofrecernos la vida plena y definitiva. Él es, ahora y siempre, la verdadera fuente de vida y de libertad.
¿Dónde sacio mi sed de libertad y de vida plena?, ¿en Jesús y su proyecto de Reino o en algún pseudomesías que únicamente ofrece proyectos ilusorios de felicidad, que lo único que hacen es apartarme de lo esencial?

- ✚ El Padre invistió a Jesús de una misión: la de eliminar el pecado del mundo. Sin embargo, el "pecado" continúa emergiendo en nuestro horizonte diario, traducido en guerras, venganzas, terrorismo, explotación, egoísmo, corrupción, injusticia.
¿Acaso Jesús falló? ¿O es nuestro testimonio el que está fallando?
Dios propone al hombre su proyecto salvador, pero no impone nada y respeta absolutamente la libertad de nuestras opciones. Ahora bien, muchas veces los hombres pretenden descubrir la felicidad en caminos donde no está. Por lo demás, es preciso que tomemos conciencia de que nuestra humanidad implica fragilidad y limitación y que, por tanto, el pecado va a formar siempre parte de nuestra experiencia histórica. La liberación plena y definitiva del "pecado" acontecerá solo en ese *nuevo cielo y nueva tierra* que nos espera más allá de nuestra vida terrena.

- ✚ Eso no significa, sin embargo, pactar con el pecado o asumir una actitud pasiva ante el mismo. Nuestra misión, en seguimiento de Jesús, consiste en luchar objetivamente contra "el pecado" instalado en el corazón de cada uno de nosotros y

en cada paso de nuestra vida colectiva. La misión de los seguidores de Jesús consiste en anunciar la vida plena y en luchar contra todo aquello que impida su realización en la historia.

✚ El testimonio que Juan da sobre Jesús parte de la experiencia. Juan ha visto descender sobre Jesús el Espíritu Santo y ha escuchado la voz del Padre declarándolo Hijo amado. Ahora da testimonio con seguridad de que Jesús es el Hijo de Dios y el Cordero que quita el pecado del mundo. Sus oyentes le creen y siguen a Jesús. Otro Juan, el evangelista, dirá también que habla de lo que ha visto. Y el mismo Jesús apela a su conocimiento del Padre para demostrar la verdad de sus afirmaciones.

Sólo esta experiencia de la vida de fe hará creíbles nuestras palabras sobre las verdades de la misma.

✚ El Siervo que Dios siempre quiso tener aquí en la tierra, el Siervo de quien Dios puede estar orgullo, tiene un nombre: no Isaías, ni Jeremías; no Pablo, ni Juan; no Francisco de Asís ni Teresa de Jesús; no Charles de Foucauld ni Juan Pablo II. Ese Siervo que Dios soñó y del que está orgulloso es solamente JESÚS.

De ello se dió perfecta cuenta Juan Bautista. Si salió a bautizar al desierto, si predicó un mensaje profético, no fue para aparecer como "el Siervo de Dios", sino más bien para mostrar al auténtico y único Siervo de Dios, a Jesús:

Solo Jesús quita el pecado del mundo. Sólo ÉL es capaz de derribar todos los muros que nos separan a unos de otros. Sólo ÉL puede re-unirnos a todos nosotros, sus hermanos divididos.

¿Por qué seguiremos creyendo que nuestras imposiciones autoritativas, la creación de comisiones y de grupos judiciales, o tribunales, o mandatos, son los que guardan la comunión o la generan?

¿Qué hacer para que descubramos nuestra vocación de precursores y no de suplantadores del Cordero de Dios?

¿Qué hacer para conseguir que la gente no se quede embelesada con el dedo indicador y miren en la dirección hacia la que el dedo señala?

*Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado.
Él es el verdadero Cordero
que quitó el pecado del mundo;
muriendo destruyó nuestra muerte,
y resucitando restauró la vida.*

Prefacio Pascual - I

Sugerencias prácticas- 2º Domingo TIEMPO ORDINARIO

1. La liturgia meditada a lo largo de la semana.

A lo largo de los días de la semana anterior al 2º Domingo del tiempo Ordinario, intentad meditar la Palabra de Dios de este domingo. Meditadla personalmente, una lectura cada día, por ejemplo. Elegid un día de la semana para la meditación comunitaria de la Palabra: en un grupo parroquial, en un grupo de padres, en un grupo de un movimiento eclesial, en una comunidad religiosa.

2. Cuidar la procesión de entrada.

A lo largo de los domingos que preceden el tiempo de Cuaresma, se podría prestar una atención particular al desarrollo de las procesiones en la misa.

Por ejemplo, la procesión de entrada, que no es únicamente para el presidente de la asamblea acompañado de algún que otro acólito. Pueden participar en esta procesión: un laico con la cruz, los acólitos o laicos que vayan a servir el altar (pueden llevar cada uno una vela), los que van a hacer la primera y la segunda lectura (uno de ellos lleva el leccionario), así como el lector o lectores de la oración de los fieles. Para acoger la procesión, mientras se canta, la asamblea mira hacia el fondo de la iglesia y acompaña con la mirada el movimiento de la procesión. Llegados al altar, después de la inclinación o de la genuflexión, colocan el libro y las velas y se sitúan cada uno en su lugar. La celebración continua.

3. Oración en la lectio divina.

En la meditación de la Palabra de Dios (lectio divina), se puede prolongar la acogida de las lecturas con la oración.

Al final de la primera lectura: Bendito seas, Dios y Padre nuestro, por el envío de los profetas a lo largo de los siglos, pero sobre todo por el envío de tu Hijo, que nos manifestó tu bondad. Te pedimos por tu Iglesia, llamada a ser luz de las naciones; que ella encuentre la manera de hacer brillar la llama de tu Palabra y de tu amor hasta los confines de la tierra.

Al final de la segunda lectura: Dios y Padre nuestro, te damos gracias porque nos llamas y nos santificas comunicándonos tu Palabra, compartiendo con nosotros el pan de Vida y el cáliz de salvación, para integrarnos en tu cuerpo. Invocamos el nombre de Nuestro Señor Jesucristo: que su gracia y su paz estén con nosotros.

Al final del Evangelio: Padre del cielo, te bendecimos por tu Hijo Jesús, que nos lo revelaste como el Cordero de Dios, que vino a restablecer los lazos de unión contigo, quitando el pecado del mundo y todo lo que nos mantenía apartados de ti. Te pedimos por todos los bautizados: que tu Espíritu descienda y permanezca en todos nosotros, que fortalezca el testimonio que damos de tu Hijo.

4. Plegaria Eucarística.

Podría optarse por la Plegaria Eucarística II para las Misas con Niños.

5. Palabra para el camino.

Testimonio.

La palabra Siervo regresa hoy con fuerza, en Isaías, mientras Juan nos invita a contemplar al Cordero de Dios investido de la Fuerza del Espíritu, del cual da testimonio.

¿Y nosotros? ¿Nuestro testimonio quedará limitado a las palabras del Credo proclamado el domingo? ¿O seguiremos comprometiéndonos en acciones concretas en el seguimiento del Siervo?

ALGUNAS REFERENCIAS DEHONIANAS

ACTO DE OBLACIÓN



Traed, hijos de Dios,
traed vuestros corazones, para inmolarlos a Dios en el altar del Corazón de Jesús.



Padre Santo,
cuya Palabra es la Verdad
y el Amor eterno,
tú nos has elegido,
en tu Hijo querido,
para que seamos santos
e irreprochables
en tu presencia por el amor.

Tú nos atraes hacia ti
por el Corazón de tu Hijo,
abierto por nosotros en la cruz,
y en él nos haces partícipes
de su amor salvador,
por una vida de unión y de oblación.

Tú nos asocias a su misterio
de Muerte y Resurrección
y al movimiento de reparación
que este misterio suscita en tu Iglesia.

Santifícanos en la verdad,
para que seamos configurados
a imagen de Cristo Jesús,
que se entregó hasta la muerte,
por la salvación del mundo,
haciéndose siervo de los hombres
en la humildad y la obediencia.

Enseñanos,
por su ejemplo y gracia,
a entregarnos a ti
y a estar disponibles
para anunciar a los hombres
tu misericordia
preparando la llegada de tu Reino.

Amén.